otros su renacimiento La fuerza de Sabogal halla en la xilografía una atmósfera y una materia de su gusto. Sus trabajos revelan hasta qué punto en un arte tan antiguo se pueden lograr realizaciones modernas. Figuras como las de su pescador chimú tienen, a nuestro juicio, el valor de la creación de un neo-primititvo. Estas xilografías nos presentan con la misma verdad la dureza antigua de las piedras del Cuzco que la ternura frutal de las cholitas.

Sabogal, esta vez como todas, tuvo todos los sufragios. Ya Buenos Aires había sancionado el mérito de sus grabados en madera, al reconocerle como uno de los grandes pintores de América. A Lima le falta ahora admirar sus óleos.

LA EXPOSICION DE VALDIVIA

por Carmen Saco

La exposición del artista aymará Valdivia, ha sido para nosotros una revelación. Tiene el valor de una supervivencia, y de una reanudación. Y de la creación de un valor moderno en arte, en la raza milenaria, en la raza fuerte, que guarda oculto el gérmen de futuras floraciones. En esta raza marcada de la realeza, ha creado Valdivia, como los primitivos, por intuición, lejos de las combinaciones académicas, lejos de las paupérrimas recetas. Por eso, en su espontaneidad nos conmueve este artista, porque ha dado su sensibilidad de hombre al silencio y a la paz puneña. Este medio estático, único para el artista, ha desarrollado en él una sensibilidad desconocida en otros medios, una sensibilidad libre de las trabas del estudio y de la comparación. Con una fuerza desconocida, en las retinas que captaron muchos horizontes. De allí nuestro asombro ante los paisajes de la altiplanicie. Paisajes que son la fiesta del verde jugoso, húmedo, tierno. Vegetales verdes azules, pardos en los llanos y en las ondulaciones. Son paisajes trabados en la osamenta de la roca, en que se han quedado suspendidos las gotas de rocío. Sobre las enormes vertebraciones andinas se exatan los colores, se multiplican, se sutilizan las perspectivas en un atmósfera translúcida, feérica. Algunas praderas son islas claras bajo una atmósfera helada, transida en el color, en que se dibujan las siluetas como una pincelada en un vidrio. Otros cuadros de Valdivia copian arquitecturas mestizas. En los paisajes fuertes, las masas arquitectónicas están sin ecos, sin rumores, solitarios. Explican mejor que un libro las idiosincracias de nuestras civilizaciones. En mezclas maravillosas de estilos fundidos sin el amor que es creador perenne; en ellos, se esconde el antagónico. En uno de los óleos, hay una puerta de señorial apariencia; armoniosa, fuerte resistente como un yunque, se la siente lograda, porque el individuo que creo su forma lo hizo libremente. Los otros cuadros, de arquitectura son trágicos y estáticos, esperan en la muerte eterna de su aislamiento. Están solitarios, lejos de las multitudes festejadoras y adoratrices. Arquitecturas acompañadas de figuras espaciadas y de la luz cambiante de los momentos que pasan.

Arquitecturas orladas de prados verdes. Que son como un refugio de místico panteismo contra la brutalidad enhiesta de las rocas escondidas, bajo la sombra verde y jugosa. Y que compensan la soledad estable, en donde el alma no puede prosperar, porque no puede conectar sus antenas, apropiadoras y exploradoras. El alma no puede prosperar en las soledades puneñas desvastadas por el hielo implacable. Por eso tienen para mi los verdes de los prados de Valdivia, un significado trascendente. Son para mí la alegría triunfal de la supervivencia física, la alegría triunfal de una continuación espiritual aún en el silencio y en la inmovilidad, de los tiempos estancados.

Diciembre—1929.